

Fragilidad del bien y vigor trágico de la acción

Eugenio FERNANDEZ G. (UCM)

RESUMEN

La fortuna, nombre de diosa o simplemente de la suerte, nos seduce e inquieta . Buenos encuentros, hallazgos, momentos felices... le son atribuidos. Pero su condición es caprichosa e inconstante . Fácilmente se convierte en desgracia y convierte a los elegidos en víctimas. Su condición gratuita e incontrolable nos somete a un régimen de ignorancia y servidumbre; nos zarandea y quiebra nuestra existencia. De ahí la tragedia como forma brutal de heteronomía. En ambos casos deja constancia de que algo escapa a nuestro control y no todo está en nuestro poder.

Frente a ella, la filosofía se presenta como medicina y liberación. Se esfuerza en construir un dominio propio de los hombres, consistente y autónomo, en el que puedan ser señores, agentes lúcidos de sí mismos, artífices de su vivir bien. Para lograrlo es preciso buscar los verdaderos bienes, ciertos, duraderos y comunes. Ese modo de obrar y de ser requiere el conocimiento racional de la realidad en su conjunto, es decir, construir un sistema que exprese su orden causal. El ideal de ese saber es conocer desde la perspectiva radical y totalizadora del ojo divino, "sub specie aeternitatis". Un saber dichoso de suyo e inmune a las heridas de la fortuna o de la naturaleza, como la muerte.

Pero, como ha señalado Spinoza, a pesar de su ilusión de omnipotencia y armonía, la idea de un orden absoluto resulta frágil, entraña paradojas y conflictos. Y la voluntad libre en la que se pretende fundar el señorío autónomo hace en sí misma una experiencia trágica de impotencia: "video meliora proboque, deteriora sequor". Experiencia de un saber que no es poder. No somos microabsolutos , autosuficientes, agentes puros.

Además, por ser parte de un conjunto natural, social..., reconocemos que no hay Bien sin bienes. Lo verdaderamente bueno debe serlo para cada uno; el bien en absoluto es relativo. Esta pluralidad incluye conflictos entre valores. En la red de relaciones que nos estructura y en la que nos constituimos, hay pasiones entre las acciones. Las pasiones implican vulneración, pero no por eso son malas y ajenas a la libertad y la dicha. Son elementos de la deliberación y la virtud. Por su parte, nuestras acciones no son puras. No hay acción humana, intelectual o práctica, sin deseo. En él, esencia del hombre, radica nuestra fragilidad y vigor fundamentales.

Así, en medio de la instauración de su dignidad y en la afirmación del Ser que ello requiere, no fuera, encuentra el hombre su condición trágica. Apurando su afán de ser hace la experiencia de que no basta ser bueno para vivir bien y ser feliz. Aunque hiciéramos todo lo bueno que podemos, no resultaría sólo el bien, puro y totalizable. A su vez, no todo lo malo que nos sucede es merecido, ni el mal es sólo obra nuestra. Esta condición se sintetiza bien en la figura de Edipo, prototipo de hombre sabio y justo.

TEXTO

No planteo una cuestión erudita, sino un problema básico y común. Uno de esos que desarman, inquietan y reclaman el atrevimiento y el cuidado de pensar limpiamente. Por exigencia de brevedad y para no encubrir lo que se trata de ver, no haré análisis históricos minuciosos, sino que aludiré a los autores y obras como trasfondo. Remito sobre todo a Platón, Aristóteles y la tragedia griega, por un lado (1), y por otro a Spinoza; cruce que no carece de interés histórico y sistemático. Pero lo que importa es el problema mismo.

1. Una de las convicciones básicas no sólo de la ética, sino también de la cultura misma, es que el bien existe y es la realidad, idea y valor supremo. Se le atribuye la condición de fundamento y fin, sentido de lo que ocurre y meta de nuestros esfuerzos, *ultima ratio*. Bueno es lo que bien acaba, dice la sabiduría popular. Y la filosofía concita en el bien a la metafísica, epistemología y ética. A primera vista el bien mismo no es problemático, sino consistente y manifiesto.

Lo árduo es alcanzarlo; lograr ser bueno. Las dificultades pueden ser muchas, pero de orden menor, instrumentales, prácticas o técnicas: Saber qué es lo mejor para mí y cómo realizarlo. En consecuencia, el problema ético no afecta tanto al objetivo como al sujeto. Se supone que es el hombre el que falla, el punto débil. El bien permanece intacto e incluso, por contraste, resulta más excelso.

Una ética así orientada limita su horizonte y tiende a reducirse a asunto doméstico, de nuestro habitar y nuestros hábitos. El bien sufre una reducción antropocéntrica y deja de afectar a la constitución de la realidad, al Ser. Sin embargo, esas dificultades indican conflictos de fondo que quedan velados pero no suprimidos.

2. La historia nos ofrece testimonios lúcidos e inquietantes de que el problema no concierne sólo a la bondad de los sujetos, sino también al bien mismo.

Un primer indicador es la importancia y ambivalencia otorgadas a la **fortuna**, que seduce y desasosiega. Le atribuimos buenos encuentros, hallazgos, momentos felices; pero es caprichosa e inconstante. Se torna fácilmente en desgracia y convierte a sus elegidos en víctimas. Es gracia y maldición; salva y condena. Reúne el poder y la arbitrariedad máximos. Escribe nuestro destino. Prototipo de contingencia externa e incontrolable, forma brutal de heteronomía y dependencia, nos somete a la ignorancia y la servidumbre, nos zarandea y quiebra nuestra existencia (2).

Otro indicador es la **experiencia trágica**. Protagonistas de espíritu fuerte y noble, empeñados en buscar la verdad, practicar la justicia y evitar el mal, excelentes incluso, que no obstante hacen daño y sufren. Héroes que a pesar de su esfuerzo no gobiernan sus vidas, sino que son arrastrados a la ruina y muestran una inquietante vulnerabilidad. Prototipos de *areté* que a pesar suyo se quiebran y producen desgracias. Edipo, sabio y justo, es un ejemplo. Pero quizá en este Congreso iberoamericano sea más

pertinente referirse al Basilio de La vida es sueño, presentado con ironía por Calderón como rey sabio, empeñado en descifrar y ordenar todo, pero que no puede gobernar la manera de ser de su hijo; y falla en lo que más quiere y es más decisivo: El programa de educación de Segismundo como señor de sí para que sea buen señor de sus súbditos, lo maléa aún más.

Hay algo que no conocemos ni controlamos. Con fuerza brutal emergen factores de caos en medio del cosmos. En nosotros mismos algo relativo al bien y la felicidad escapa a nuestro buen hacer. Hay daño y males en medio del bien; a veces más fuertes que él. Experimentamos conflictos entre bienes y entre principios éticos.

3. Conocedora de la magnitud del problema, la **filosofía** se ha esforzado por buscar soluciones. Algunas son radicales, como la de **Platón**. Se trata de organizar una vida inmune a los golpes de la fortuna y la tragedia, fundada en el conocimiento de las ideas de objetos estables y universales, jerárquicamente ordenadas desde la suprema que es el bien. Tal conocimiento verdadero, que ve como el ojo divino, garantiza la *enkráteia* o dominio de sí y la autonomía (3). Además, todos esos bienes son conmensurables y sustituibles, de suerte que la ética resulta tan lógica como la matemática y garantiza una economía perfecta: la completa circulación de bienes sin falta, ni conflicto, en una existencia pura, sin mezcla de mal.

En consecuencia la tragedia resulta intelectual y éticamente incorrecta; fuente de malos ejemplos (República 392a-b). No es edificante. Debe ser superada y quedar atrás como prefilosófica.

Parece oportuno recordar aquí a Nietzsche y su inicio del diagnóstico de las implicaciones de ese olvido.

4. No se trata sólo de una tradición dualista e intelectualista. Un pensador tan distinto como es **Spinoza** propone también una medicina para superar esa 'patología': Abandonar el afán por las riquezas, honores o libidines y buscar los bienes ciertos, duraderos y comunes de los que se puede gozar con alegría continua (TIE, § 1-14). La clave de esa selección está en el reconocimiento de que hay bienes que son falsos; y no sólo por engañosos, sino también porque resultan malos en cuanto excluyen otros mejores. Tener que distinguir críticamente los "verdaderos bienes" introduce un desgarramiento en la idea del bien pleno, uno y claro. Se hace necesaria una compleja reforma para llegar a constituirnos como señores, agentes lúcidos de nosotros mismos, artífices libres de una vida buena.

Ese modo de obrar y de ser requiere construir un sistema racional que explique la trama de la realidad, su complicada geometría de laberinto, y nos proporcione la cartografía de nuestras acciones posibles. Para lograr su integridad es preciso alcanzar una perspectiva de eternidad o necesidad, o sea, una visión radical. Tal saber parece dichoso de suyo y curado de las heridas tanto de la fortuna como de la naturaleza, incluida la más grave: la muerte.

5. Pero un sistema así no puede ignorar las sorpresas que anidan en él. Justamente la pretensión de un **orden** completo resulta problemática. Por un lado es una noción de la imaginación, un recurso economizador y una proyección antropomórfica al servicio de su dominio (Etica I Ap). Por otro, entraña paradojas y conflictos, sobre todo en un universo que es despliegue de una potencia infinita, sin restricciones. La realidad no está hecha a la medida del hombre, ni pensando en él. Infinita y plural, nos hace ser y nos potencia; nos expone, pero no nos protege. La naturaleza no asegura la armonía. De ahí la necesidad de distinguir entre partes y todo, naturaleza o esencia propia y "orden común de la naturaleza", bien individual y bien común. Remedios que reconocen un desajuste de fondo.

Ni siquiera si se identifica la Naturaleza con Dios, resulta adecuado considerarla buena y olvidar la falacia naturalista. Bien y mal son conceptos relativos y múltiples. Dependen de los distintos modos de ser. Un bien único y absoluto sería vacío. El orden implica distinción, separación y en algún sentido exclusión (4). Es parcial.

No es casual que la Modernidad, empeñada en construir un mundo ordenado, se haya planteado vivamente el problema del mal y la necesidad de explicarlo y hacerlo asumible, hasta elaborar una teodicea. Cuando ésta pierde crédito y se convierte en escándalo, es sustituida por otras justificaciones. La confianza en la construcción del bien mediante el saber y el progreso económico y moral, anida ahora en los intentos racionalizadores de 'optimizar' los recursos y 'maximizar' los bienes en un mundo equilibrado, 'ecológico'.

6. Curiosamente la filosofía encuentra la experiencia trágica cuando más parecía alejarse de ella y más se centra en la acción ética. Los proyectos de dominio de la mente sobre las pasiones, elementos de perturbación del ánimo y de servidumbre, descubren que aquél no es absoluto (Etica V praef). El hombre que se esfuerza por ser ético en virtud del conocimiento, hace la experiencia de la **impotencia de la verdad**: No basta saber para hacer el bien. Se inicia así una deconstrucción crítica de la pretensión de dominio absoluto del conocimiento, en especial sobre los afectos.

Además, la voluntad libre en la que con frecuencia se pretende fundar el señorío autónomo, hace de sí misma una experiencia de impotencia: "video meliora proboque, deteriora sequor". Experiencia de un saber y querer que no basta para poder. Desde el Protágoras de Platón y la Etica a Nicómaco la **akrasía** surge como debilidad donde se necesita fuerza(5). No son casuales los reiterados intentos de reducir a ignorancia, error en el juicio práctico o incontinencia, lo que es impotencia y servidumbre de la voluntad, arrastrada por otras fuerzas también imprescindibles para la acción humana. De ese modo se quita hierro al hecho de que a veces actuamos en contra de los consideramos mejor, pero no se evita el conflicto ni se resuelve la "tragedia de la razón práctica humana" (Nussbaum, M. op. cit. p.174).

No somos dioses, ni espíritus puros o microabsolutos autosuficientes. Tampoco entes a la deriva. Somos seres dotados de potencia de pensar y de hacer en medio de una trama de relaciones que nos constituyen como afectados.

7. No hay ser, ni bien sin actividad. La virtud no es sólo cuestión de dignidad y carácter, implica acciones. La vida buena consiste sobre todo en obrar bien. Pero las acciones no son independientes e incondicionadas, sino que suponen hábitos, tradiciones... Además, no hay acción humana, ni intelectual ni práctica, sin **deseo** (De Anima 433a-b). En él, esencia del hombre, radican nuestro vigor y fragilidad fundamentales.

El hombre es más de lo que sabe, controla y hace. Se desenvuelve en redes de relaciones y le acontecen cosas que componen su existencia. No es puro ni autárquico, sino que está siempre expuesto y comprometido, es afectado de muchas maneras y se despliega en **acciones y pasiones**. Ciertamente las pasiones pueden dañarnos y perturbarnos; pero no por eso son malas y ajenas a la libertad y la dicha. Forman parte de la sal y la riqueza de la vida. Su movimiento fluctuante evita el hundimiento y teje la trama básica de la construcción de la realidad colectiva. Ciegas a veces, otras son lúcidas y firmes. En conjunto resultan guías imprescindibles para el conocimiento y la deliberación. No se trata de conformarse con una racionalidad débil, sino de hacerla más comprehensiva y consistente.

El valor de las pasiones no es sólo instrumental. Además de inevitables, son positivas. Integran la complejidad de la vida buena que necesita ser bellamente humana y tiende a ser íntegra. La bondad es problema humano, no divino; y la condición humana entreaña valores que la infinitud ignora. Además, la finitud potencia la intensidad de otros. En la vulnerabilidad reside algo de la belleza de la excelencia humana. Eso nos hace más expuestos y arriesgados cuanto más perfectos; no más débiles. La virtud no se reduce al autocontrol, ni deriva del deber, ni excluye la perplejidad y la dicha. Requiere fortaleza y prudencia, pero también comunicación y generosidad. Afectos como el amor pueden ser apasionados y fluctuantes, pero no dejan de ser nobles. Los placeres que no implican dolor y los deseos que nacen de la razón no tienen exceso. Pasiones y acciones pueden ser pasajeras, pero sus instantes intensos son "eternidad en vilo". "Nada grande se hace sin pasión" (Kant, I. Antropología §.81).

8. La **eudaimonía** no se logra en la autarquía, sino que implica **filía** y **polis** (Ética a Nicómaco 1155ss). La multitud puede ser temible, pero cada uno es más impotente e ignorante en soledad. Nada mejor para un hombre que otros hombres. La comunidad tiene exigencias y el orden político implica obediencia, poder obligante e incluso capacidad de coacción; pero sin ellos no hay bondad humana. Además, por ser partes de un conjunto natural y social, para nosotros **no hay Bien sin bienes**. Lo verdaderamente bueno debe serlo para cada uno en singular. También por esto el bien absoluto es relativo y compuesto, en los varios sentidos del término. Eso implica conflictos entre individuos únicos y entre valores no

conmensurables, que resultan inevitables por ser estructurales.

9. De ese modo algo característico de la tragedia surge en las articulaciones de la filosofía: la experiencia de que lo malo no es evitable del todo y de que el sufrimiento y el daño no siempre son merecidos. El mal no se reduce a culpa, ni el bien a mérito. Hay en ambos algo radical, desmesurado, que nos desborda.

La filosofía lleva lo trágico del margen al centro. La experiencia trágica no es marginal ni excepcional; no radica tanto en la fuerza del destino, en el choque fatal entre heteronomía y autonomía, cuanto en la emergencia de la acción. En su sorprendente vigor frente a fuerzas superiores, en su intensidad vulnerable, en su atrevimiento de hacer ser e instaurar algo mejor, en su falta de miedo a la destrucción, aunque le hace daño. Más que tema de la tragedia, la acción es su 'protagonista'. Lo que hace trágico al hombre es su condición de agente libre, capaz de 'de-cisión', responsable incluso sin conocimiento ni control pleno. De ahí la fuerza y el escalofrío de la acción. Por eso la tragedia conmueve y moviliza, además de producir catarsis.

La tragedia muestra algo de la verdad de la ética. En especial el carácter irrenunciable de la dignidad, la importancia del límite y las aporías de la identidad (6). La persistencia y el vigor de cierta "dialéctica negativa" propia de los conflictos innegociables. En fin, la inconsistencia de un bien totalizador y la imposibilidad de hacer de la vida un negocio redondo. La dignidad inquebrantable de Antígona, una mujer, emerge y se sostiene en ese desgarramiento entre hermanos, ley política y ley del corazón, lo común y lo singular.

El hombre encuentra su condición trágica en la instauración de su dignidad y en la afirmación del Ser que ello requiere; no fuera. Apurando su afán de ser, hace la experiencia de algunos **desajustes cruciales**: No basta ser bueno, 'virtuoso,' para llevar una vida buena y ser feliz. Más aún, aunque hiciéramos todo el bien que podemos y estuviéramos plenamente justificados, no resultaría sólo el bien y todo el bien. La realidad es tal que el bien no puede ser puro y total. Banalizar el mal no es eliminarlo. Por ello la experiencia trágica habita y anima la filosofía con mayor intensidad cuanto más se esfuerza en ser sistemática e instaurar una vida digna y gozosa.

10. Quizá Unamuno tenía más razón de lo que suponía al atreverse a llamar al geométrico Spinoza "trágico judío de Amsterdam". Lo fue no sólo por proceder del marranismo, cuya **Spaltung** era herida incorporada, un pliegue añadido a la escisión constitutiva del sujeto humano. Ni sólo por afirmar un deseo de ser sin cesar, necesariamente truncado por nuestra condición de mortales. Lo fue sobre todo por ser un filósofo racionalista empeñado en construir una ética.

No se trata de un ejemplo excepcional. Su posición nos sitúa en la condición humana común. Como señala el coro de Antígona, muchas cosas asombrosas hay, pero ninguna más extra-ordinaria que

el hombre; sorprendente y extraño, terrible y sublime. El vigor de sus acciones es admirable, pero permanece trágicamente vulnerable. Ahora ni siquiera goza ya del amparo de un cosmos divino y una *polis* equilibrada, ni habita en una cosmópolis a pesar de tantas ilusiones informáticas. Y sin embargo se empeña en ser bueno y afirma un bien que le desborda, aunque herido en la realidad misma. Es frágil por virtud y no sólo por defecto. De ahí el alcance ontológico y la inquietante belleza de la fragilidad del bien.

Notas

(1) Como ya apunta el mismo título, tengo especialmente en cuenta la obra de M. NUSSBAUM The fragility of goodness Cambridge Univ. Press. 1986. Trad. Madrid, Visor, 1995.

(2) La relación entre fortuna, ignorancia y servidumbre es una constante en Spinoza. Ver sobre todo Etica IV praef.

(3) Ver JAEGER, W. Paideia Madrid, FCE, 1983, pp.432ss

(4) M. FOUCAULT ha analizado el tema sobre todo en Historia de la locura en la época clásica y en Las palabras y las cosas

(5) D. DAVIDSON ha puesto de nuevo de relieve el problema, pero debilitándolo, en Ensayos sobre acciones y sucesos Barcelona, Crítica, 1995, pp.37-62.

(6) Ver RICOEUR, P. Sí mismo como otro Madrid, Siglo XXI, 1996 pp. 260-270.